

Agatha Mystery

Primera edición: febrero de 2014

Título original italiano: *Caccia al tesoro a New York*

Textos: Sir Steve Stevenson

Editing: Mario Pasqualotto

Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi

Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Traducción: Elena Martínez Nuño

© 2013 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia
Publicado por primera vez por Istituto Geografico De Agostini, S.p.A.,
Novara, Italia, en 2012

© 2014 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123
Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.lagaleraeditorial.com

lagalera@lagaleraeditorial.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-26.960-2013

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5146-6

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

A LA CAZA DEL TESORO EN NUEVA YORK

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Elena Martínez



laGalera

DECIMOCUARTA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.



Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Exboxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

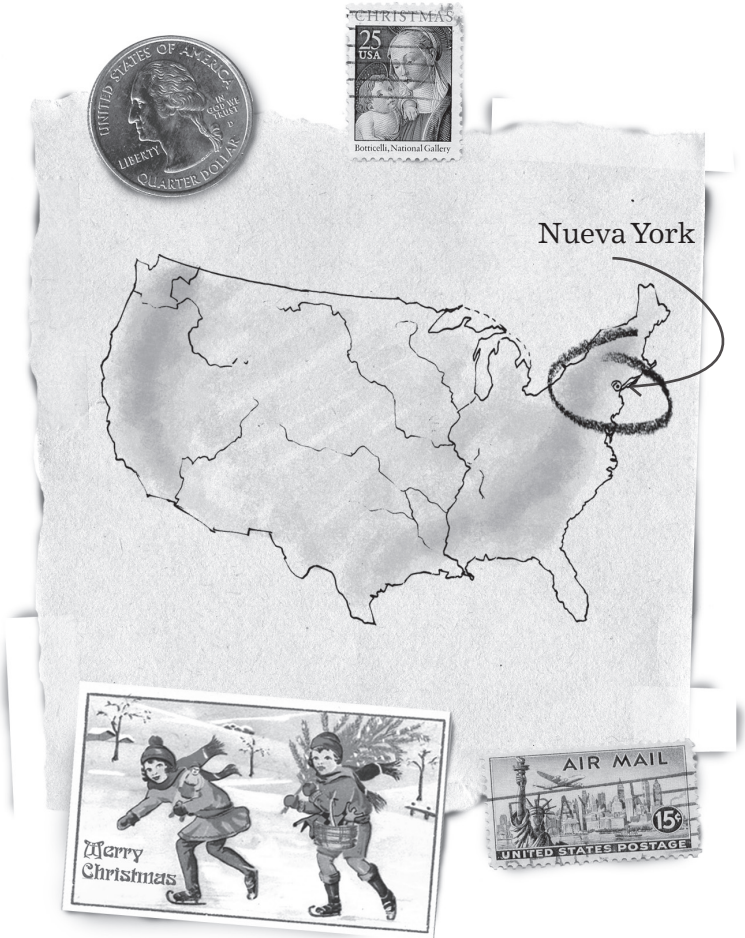
Inquieto gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Tío Kim

Treintañero asiático, experto en *urban climbing*, escalada en ciudad.

DESTINO: NUEVA YORK



OBJETIVO

Volar a Nueva York y participar en la Gran Caza, ¡la mítica competición entre las mejores agencias de investigación del mundo!



En Navidad, Londres estaba iluminada con mil colores deslumbrantes. Los adornos de neón en forma de copo de nieve colgaban por todas partes. La auténtica nieve, sin embargo, todavía no se había dejado ver. Desde hacía una semana el cielo estaba terso y un viento polar azotaba las calles.

Quizá justamente por el intenso frío, en la mañana del 20 de diciembre había mucha más gente de lo habitual en el centro comercial de White City. Miles de compradores se dispersaban por las escaleras mecánicas y por los pasillos. El edificio estaba adornado con motivos de las fiestas, y de los techos colgaban decenas de muñecos en for-



ma de reno, con hocicos rojos que se encendían intermitentemente.

Los altavoces repetían sin cesar Jingle Bells y otros villancicos clásicos de Navidad.

Larry Mystery, a sus catorce años, no tenía tiempo para admirar la decoración. Corría por los pasillos llenos de gente desde primera hora de la mañana y no había hecho ni siquiera la mitad de sus compras navideñas.

Observó por unos instantes su imagen reflejada en el escaparate de una tienda de juguetes. Era alto y muy delgado, el pelo negro y los ojos con unas grandes ojeras que le hacían parecer un panda. Iba cargado de bolsas y paquetes.

Habría necesitado una tercera mano para poder llevar toda aquella carga.

«Tengo el spray de nieve —recapituló—. Las bolas transparentes, las guirnaldas de abeto, las luces de colores. Pero todavía tengo que encontrar los calcetines para colgar, las campanitas y



los bastones de azúcar... ¡Nunca lo conseguiré!»

Larry vivía solo en un ático de Baker Palace, un moderno rascacielos de la City, pero en los siguientes días iba a recibir decenas de visitas. La familia Mystery era muy numerosa y sus componentes eran a cada cual más excéntrico. Sin duda, también Samuel, el padre de Larry, se presentaría puntual para invitarle a la comida de Navidad.

Y tenía una auténtica fijación por la iluminación navideña.

«¡Ya me lo imagino! —protestó el chico—. Si llega y ve que el ático no está suficientemente





adornado, ¡empezará a meterse conmigo! “¡Eres un desastre, querido hijo! ¿A esto le llamas adornos? Yo te enseñaré cómo se hace...”»

El chico siguió caminando por los pasillos atiborrados de gente. No soportaba la Navidad. Las visitas a los parientes, el frenesí de los preparativos, las comidas, las cenas interminables... no iban con él. Le habría gustado entrar en letargo, sumergirse bajo una montaña de mantas y salir solo al final de las fiestas. Antes que afrontar el delirio de los días que venían, habría preferido mil veces tener que partir en alguna misión hacia el otro lado del mundo. Larry era alumno de la Eye Internacional, una de las escuelas de investigación más célebres del planeta. A menudo le llamaban para que se ocupara de casos top secret, que normalmente conseguía resolver gracias a la ayuda de su prima Agatha, una de las pocas personas en el mundo que conocían su actividad como detective. Sin embargo, en los últimos días, el EyeNet,



el ingenio de titanio con el que sus profesores se ponían en contacto con él habitualmente, permanecía extrañamente silencioso.

«Es probable que el crimen también esté de vacaciones en esta época del año — consideró—. Esta vez sí que no me libr... Oh... ¡Ay!»

Ensimismado en sus cosas, Larry había chocado con alguien. La pila de paquetes se inclinó peligrosamente hacia un lado y cayó al suelo. Al menos una decena de personas se le quedaron mirando estupefactas.

— ¡Demonios, qué desastre! — se lamentó el chico.

— Tú siempre con la cabeza en las nubes, ¿eh? — comentó una voz conocida.

Frente a Larry habían aparecido Clarke y Mallory, dos chicos con los que a veces pasaba las tardes jugando a bolos o resolviendo interminables duelos en algún videojuego de última generación.

— Deberías mirar dónde pones los pies — dijo



Mallory arreglándose el cuello de la chaqueta. No era mal chico, pero a veces conseguía ser realmente antipático.

Clarke se agachó y ayudó a Larry a recoger sus compras. La mitad de las bolas de cristal se habían hecho añicos y casi todos los muñecos de pan de jengibre se habían roto. Afortunadamente el resto estaba sano y salvo.

— ¡Vaya! ¡Cuántos adornos! — exclamó Mallory—. Deduzco que vas a pasar las fiestas en casa, viejo amigo...

— Así es — contestó Larry malhumorado, mientras enrollaba unas cintas de espumillón de colores—. ¿Y vosotros, qué planes tenéis?

— Un rollo — respondió Mallory encogiéndose de hombros—. Un viajecito a Australia con mi familia. Seguro que me aburriré como una ostra.

— Pues yo me voy de vacaciones a París — dijo Clarke colocando el último paquete en la pila que Larry sujetaba de nuevo—. ¡Lo pasaré bien!



—Bueno, ¡divertíos también por mí, chicos! — sonrió despidiéndose con un gesto de la cabeza. Luego, mientras se encaminaba hacia la multitud, añadió para sí: «A mí lo más emocionante que me puede ocurrir es adivinar el relleno del pavo de Navidad...».

En ese momento, en el bolsillo de su chaqueta empezó a sonar un timbre ensordecedor. Se había activado el EyeNet. Larry se sobresaltó y por segunda vez osciló peligrosamente la pila de paquetes, que cayó de nuevo al suelo.

Esta vez, el chico no perdió ni un minuto en calcular los daños.

Sacó el ingenio, que seguía sonando.

—Algo va mal... —protestó al mirar la pantalla.

Cuando la Eye Internacional le asignaba una nueva misión, se limitaba a mandarle un mensaje con el destino del viaje y algún detalle.

Era muy raro que uno de sus superiores le llamara directamente.



Normalmente, eso ocurría solo cuando tenían que echarle una regañina... o si se estaba fraguando algo realmente gordo.

Larry se arrepintió del deseo que había expresado poco antes. De repente, la idea de pasar las fiestas en casa no le parecía nada mal.

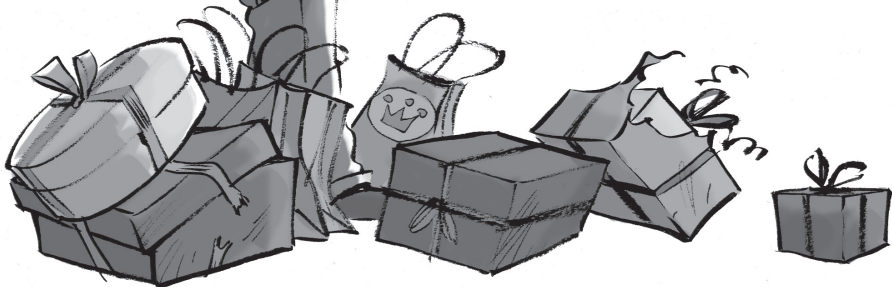
Tras un instante de duda, pasó el dedo por la pantalla. Apareció de inmediato la cara de UM60, el profesor de Prácticas de Investigación.

— ¡Ya era hora, LM14! — gritó el hombre—. ¿Qué esperaba para cogerlo, que fuera Nochevieja?

— Vaya, lo siento. Tenía las manos ocupadas...

— Da igual. No perdamos tiempo. Debe venir a verme a Nueva York esta misma noche.

¡Le necesito!





En el rostro de Larry se dibujó una sonrisa. Al fin habían reconocido sus habilidades... ¡Uno de los peces gordos de la agencia en persona le había llamado para pedirle ayuda!

—Cuenta conmigo, desde luego —respondió con tono firme—. Estoy a su completa disposición.

—Eso espero —atajó UM60—. El congreso empezará mañana por la mañana ¡y no toleraré ningún retraso por su parte!

—¿Qué congreso? —preguntó el chico levantando una ceja.

—El Congreso Internacional de Investigación que se celebra en Nueva York cada año. Supongo que al menos habrá oído hablar de la Gran Caza...

—¿Gra-gran Caza? —repitió Larry en un tono medio ahogado. El EyeNet se le resbaló de las manos por el asombro. Lo agarró al vuelo justo antes de que fuera a hacer compañía a los trozos de cristal y a las migas de pan de jengibre que había a sus pies.



—Este año —prosiguió UM60—, ha sido usted elegido para representar a nuestra agencia en esta famosísima competición entre detectives. Espero que esté a la altura de semejante responsabilidad.

—Oh, desde luego...

—Porque si nuestro buen nombre se viera dañado a causa de su conducta, las consecuencias recaerán directamente en sus calificaciones. ¿Lo sabe, verdad?

Larry se pasó nervioso una mano por el pelo.

—Claro, claro. Lo sé perfectamente, señor.

—Perfecto. Buen viaje entonces. Hablaremos a su llegada.

La sonrisa en el rostro de UM60 se desvaneció. Larry se metió el EyeNet en el bolsillo y levantó los ojos hacia el techo lentamente. Los renos de hocico intermitente sonreían.

Parecía que también ellos le estaban tomando el pelo.